

CAMINO, DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ:

CLAVES HISTÓRICAS Y TEOLÓGICAS DE UN CLÁSICO

DE ESPIRITUALIDAD

Pedro Rodríguez

Resumen: Pedro Rodríguez, la persona más autorizada para hacer la edición crítica del libro "Camino", best-seller de la literatura espiritual del siglo XX, muestra en este artículo la génesis del pequeño pero exitoso libro de San Josemaría Escrivá. Rodríguez analiza la estructura de "Camino" y esclarece la intención del autor, lo que permite comprender mejor tanto su distribución y contenido como su estilo.

Palabras clave: Camino, historia, crítica, espiritualidad, santidad.

Abstract: Pedro Rodríguez, the most qualified person to write the critical edition of the book "Way", spiritual literature's best seller in the XX century, reveals in his article the genesis of the small but successful book written by Saint Josemaria Escrivá. Rodríguez analyzes the structure of "Way" and makes clear the author's intention, something that allows a better understanding of not only its distribution and content, but its style as well.

Key Words: Way, history, criticism, spirituality, sanctity.

Résumé: Pedro Rodriguez, la personne la plus à même de faire l'édition critique du livre *Chemin*, best-seller de la littérature spirituelle du XXe siècle, décrit dans cet article la genèse du livre de San Josemaria Escrivá, un ouvrage succinct ayant joui d'un succès considérable. Rodriguez analyse la structure de *Chemin* et met en lumière l'intention de l'auteur, nous permettant ainsi de mieux comprendre sa structure, son contenu et son style.

Mots clef: *Chemin*, histoire, critique, spiritualité, sainteté.

La historia de la redacción de *Camino* tiene una fecha simbólica: «Diciembre de 1932»¹. La estampó el autor en un pequeño fascículo –de tamaño cuartilla, apaisado– que es el primer anticipo de lo que terminará siendo el libro célebre que da ocasión a mi intervención en este curso de conferencias. Ese manojito de cuartillas constituye, como digo, el germen «público» de *Camino*.

I. LOS APUNTES ÍNTIMOS Y LA REDACCIÓN DE CAMINO

A nadie extrañe que entre en mi tema de una manera tan inmediatamente documental. Puedo comunicarles que la información archivística relativa a *Camino* y a su proceso redaccional es extraordinariamente abundante: en cierto sentido, debe ser calificada de excepcional, también en relación con otras obras del autor. Y, sin embargo, he de decir acto seguido que será difícil encontrar un autor que haya hablado menos del libro que prepara que San Josemaría Escrivá de Balaguer. Apenas queda un papel en el que nos comente su proyecto, sus ideas acerca del futuro libro, su temática. Esto que digo resulta llamativo, sobre todo si se tiene en cuenta que, durante todo el período redaccional, el autor de *Camino* escribía unos Cuadernos de apuntes personales que, sin ser un diario en el sentido clásico, recogían numerosas noticias de su vida cotidiana: espiritual, intelectual, familiar, pastoral y apostólica. Pues bien, quien leyera sólo dichos cuadernos no podría concluir que el autor de los mismos había proyectado, preparado y escrito el libro objeto de esta conferencia.

Y, a la vez, debo decirles que en tales cuadernos –¡fíjense qué paradoja!– está la matriz –más to-

avía: el contenido textual– del libro que terminará publicándose el año 1934 bajo el título *Consideraciones espirituales*, que, como bien saben ustedes, es la primera fase impresa de *Camino*².

Los cuadernos de *Apuntes íntimos*

Digamos, pues, unas palabras sobre estos cuadernos, que han sido fuente de primer orden para la edición crítica de *Camino*.

Son nueve y abarcan desde 1928 –y quizá antes– hasta los primeros años cuarenta. Hoy disponemos sólo de ocho: el cuaderno I fue destruido por el autor y desconocemos su texto³.

En la base de los *Apuntes íntimos* encontramos, siempre, una vida metida en Dios. Tomaba notas en cualquier sitio, con frecuencia por la calle. La interacción entre la «cuartilla» en que toma sus notas y el cuaderno en que las transcribe refleja la extrema atención que San Josemaría prestaba a las mociones de Dios en su vida; ese trasiego entre sus notas y el cuaderno es una manifestación de su fe en la presencia y en la providencia de Dios, una fe que lo llevaba a la lectura sobrenatural de los acontecimientos, pequeños y grandes, de su alma y del mundo.

Podemos distinguir, en los *Apuntes íntimos*, cuatro tipos de anotaciones:

a) Un primer grupo estaría constituido por los textos que se refieren de manera directa al espíritu, misión y organización del Opus Dei. Toman

1 Una información más detenida y documentada sobre la temática de esta conferencia puede encontrarse en la edición crítica de *Camino*, especialmente en la "Introducción general" al volumen *ESCRIVÁ DE BALAGUER JOSEMARÍA, Camino*, edición crítico-histórica a cargo de Pedro RODRÍGUEZ, Vol. 1 de la *Colección de Obras Completas*, Madrid, Rialp, 2002.

2 *Consideraciones espirituales* procede masivamente de esos cuadernos, que son la pieza fundamental de un conjunto de escritos autógrafos que el autor dejó reunidos y preparados y que, bajo el título de *Apuntes íntimos*, fueron presentados a la causa de canonización.

3 Se encuentran estos cuadernos en el Archivo General de la Prelatura del Opus Dei (AGP), sec. A, leg. 47, carp. 5 (cuadernos I a IV) y 6 (cuadernos V a VIII duplicado). El cuaderno I llegaba hasta marzo de 1930. «La razón que le movió a destruirlo –escribe Álvaro del Portillo en la "Nota preliminar" a esos *Apuntes*– fue que ahí había consignado muchos sucesos de tipo sobrenatural y muchas gracias extraordinarias que le concedió el Señor» y San Josemaría «no quería que, basándonos en esos dones extraordinarios, le tuviésemos por Santo, cuando no soy más que un pecador».

unas veces la forma de una reflexión, otras tienen estilo de diálogo con el Señor, otras tienen expresión casi jurídica o normativa.

- b) El grupo segundo corresponde a lo que hoy llamaríamos autobiografía espiritual: son experiencias íntimas del trato con Dios y con los hombres: en la Eucaristía, en la oración, en el trabajo, en la acción sacerdotal y apostólica, en las contradicciones y en la pobreza, en la forma cotidiana de expresar la piedad filial. Impresiona sobremanera la humildad de San Josemaría.
- c) Un tercer grupo de anotaciones está más en la línea de un diario. Es la actividad de una jornada o de unos días: visitas, trabajos, tareas, gestiones, estudio, predicación, atención a la familia, acción pastoral aquí y allá, planes apostólicos, caminatas de un lado para otro en Madrid. Autobiografía como en el grupo anterior, pero más narrativa, vista siempre y de manera temática en la perspectiva de Dios, de la acción de Dios en su alma y en las almas que lo rodean.
- d) Un cuarto y último grupo es de especial interés en nuestra conferencia: son textos que no tienen el estilo narrativo del grupo anterior ni la formulación autobiográfica del segundo grupo. Son piezas autónomas que se agregan a las anotaciones de los dos grupos anteriores: literariamente, son aforismos, sentencias, «consideraciones» sobre el vivir en Cristo, sobre la unión con Dios en medio de las circunstancias ordinarias la vida cristiana.

En los años 1932-33, cuando se forja *Camino*, los cuadernos de *Apuntes íntimos* rebotaban doctrina espiritual y experiencia de almas, que clamaba por ser transmitida a otros. De este patrimonio, como dije, procede la totalidad del contenido de *Consideraciones espirituales*: muy principalmente de este cuarto grupo de textos, pero también de los demás, especialmente de los grupos segundo y tercero. Lo contaba años después el propio autor (Roma, 1966):

Camino está tomado, en parte, de una especie de diario hecho en honor de Santa Catalina. Cada una de esas cosas recuerda un suceso o es un hecho de alguna persona. Esas fichas las ordené en el treinta y tres y las llevé a imprenta en el treinta y cuatro⁴.

4 "Notas de una tertulia", Roma 22-III-66; texto en AGP, sec. A, leg. 51.

El clima de *Camino*, como antes el de *Consideraciones espirituales*, es el de los *Apuntes íntimos* de San Josemaría.

Ésta es la vivencia que tuvieron muchos de quienes lo conocieron en los primeros años treinta y perdieron contacto con él por los avatares de la vida. Cuando leyeron *Camino*, se les puso ante los ojos aquel modesto fascículo a multicopista que les había repartido a finales de 1932 y que es, como dije al empezar, la primera expresión pública de lo que será *Camino*.

La redacción de *Camino*

Digamos ya una palabra sobre este manojito de cuartillas. Porque eso son: diecisiete cuartillas mecanografiadas, apaisadas, escritas con una máquina de mala calidad –y por un mecanógrafo o una mecanógrafa no muy hábil–. El fascículo contiene 246 consideraciones numeradas⁵. Lleva por título CONSEJOS ESPIRITUALES–CONSIDERACIONES ESPIRITUALES⁶. Fecha: "Diciembre de 1932". En la última cuartilla –en blanco, sin numerar–, este colofón: DEO OMNIS GLORIA. No consta en parte alguna el nombre del autor: el fascículo es anónimo.

Al comenzar el verano de 1933, San Josemaría Escrivá daba al velógrafo un nuevo fascículo, un segundo bloque de consideraciones. Más breve que el anterior: siete cuartillas, de las mismas características. La primera se encabeza así: CONSEJOS ESPIRITUALES–CONSIDERACIONES ESPIRITUALES (Continuación). Son, los de este fascículo, 87 nuevos textos con numeración consecutiva respecto al fascículo anterior: es decir, al llegar al 333 el autor paró. Este fascículo era hasta ahora desconocido en la biográfica. Lo encontré entre los papeles del AGP. Este pequeño descubrimiento ha permitido establecer que la edición a velógrafo tiene 333 puntos, un tercio de lo que será *Camino*, lo que adelanta a 1933 el deseo de San Josemaría Escrivá de expresar en «clave trinitaria» las consideraciones de su libro.

Al año siguiente, el contenido de los fascículos –más otras 110 consideraciones sacadas de *Apuntes*

5 Ejemplares en AGP, sec. A, leg. 54, carp. 1, exp. 1.

6 En esta época, el autor se referirá con frecuencia a este fascículo (y al siguiente) llamándolos : *Consejos*.

íntimos— pasó a la imprenta: es la edición de Cuenca. Sus dimensiones son 15cm x 10,5cm. En la cubierta anterior, que hace también de portada, se lee: «CONSIDERACIONES ESPIRITUALES / por / José María / Cuenca. —Imp. Moderna / 1934.

El autor, como vemos, continúa en el anonimato. En 1939 aparecerá la edición definitiva con el título definitivo: *Camino*. Es la que conocemos, con sus 999 puntos. La edición príncipe aparecerá en Valencia en septiembre de ese año, en formato amplio y 336 páginas, con la famosa greca de nueves abarcando de arriba abajo ambas cubiertas. El autor había preparado el texto durante la guerra civil española, primero durante su refugio en la legación de Honduras (Madrid, 1937), y luego en Burgos, a lo largo de 1938. Se conserva íntegra la colección de las casi 550 octavillas autógrafas con las que completó, hasta alcanzar el número de 999, los puntos publicados en la edición de Cuenca. El libro lo terminó de pasar a máquina —él, personalmente— en la madrugada del día 2 de febrero de 1939. Se conserva también este original mecanografiado. Son piezas de extraordinario valor.

¿Por qué decide San Josemaría Escrivá publicar esos fascículos y luego prolongarlos en *Consideraciones espirituales* y en *Camino*? ¿Qué busca, qué le mueve a escribir y editar este libro, que ahora es ya un clásico en la literatura cristiana? Mi respuesta es: no estamos ante la decisión de un «autor» que quiere escribir un «libro», sino ante la responsabilidad de un sacerdote que se sabe portador de una misión y de un mensaje y busca llegar a un número creciente de almas, que trata de convocarlas a la misión que él recibió el 2 de octubre de 1928 y de darles la formación espiritual adecuada, y que ve que con la palabra hablada no llega y se siente urgido a prolongarla por escrito. Esta clara y sencilla finalidad es la que, según se me alcanza, va a determinar la génesis tanto histórica como teológica de este libro célebre. Detengámonos en ella.

II. LA FINALIDAD Y LOS DESTINATARIOS DE *CAMINO*

Antes de decidirse a preparar los fascículos citados, San Josemaría reunía a veces a sus jóvenes

amigos y les leía páginas espirituales —dicen esos testimonios— “de un cuaderno que llevaba consigo”⁷. Pero al ir creciendo su irradiación espiritual y apostólica, esto ya no era materialmente posible ni suficiente. Aquellos textos, por otra parte, no eran para una lectura ocasional: había que rumiarlos en el alma y meditarlos ante el Señor. No daba abasto. Se decidió a entresacar de los cuadernos los pasajes que le parecieron más oportunos, multicopiarlos y repartirlos. Se trataba de intensificar la formación “a distancia” de los que tenían con el autor su dirección espiritual⁸.

Fue haciendo llegar los “consejos”, como llamaba a estos fascículos, a las personas —sacerdotes y laicos, hombres y mujeres— más implicadas en su proyecto espiritual y apostólico. Cuando, el año anterior, se había propuesto difundir, también a multicopista, el primer esbozo del *Santo Rosario*, explicó de manera nítida a su confesor la finalidad de aquellas notas: “Le entrego estas cuartillas para que haga el favor de decirme si vería conveniente tirarlas al velógrafo, con el fin de empujar a *nuestros amigos* por el camino de la contemplación”⁹.

No tenemos ninguna declaración equivalente a propósito de los fascículos. Pero de su lectura se infiere que la finalidad es muy próxima, por no decir la misma, que la de *Santo Rosario*. También leer y meditar los puntos de estas hojas a velógrafo era imbuirse del espíritu contemplativo que el autor difundía en su labor apostólica.

7 «El cuaderno en que había empezado a escribir sus pensamientos no tenía la cruz en la tapa sino dentro, en un ángulo de la primera página. Era una cruz formada por cuatro flechas disparadas hacia los cuatro puntos cardinales. No había copia, que yo sepa, de aquel cuaderno. Estaba escrito a mano de su puño y letra. Lo llevaba consigo. A veces, en el quiosco de la Castellana que había cerca de la esquina de la calle de Riscal, donde íbamos algunas tardes al anochecer, nos leía páginas enteras, o a veces tan solo dos o tres pensamientos” (Rocamora, Pedro “Testimonio”, Madrid 12-XI-1977; AGP, sec. A, leg. 100-48, carp. 3, exp. 5). La «Castellana» es una de las avenidas más clásicas de Madrid. PEDRO ROCAMORA VALLS (1911-1993), natural de Madrid, que sería un conocido abogado y periodista, se trataba con el fundador del Opus Dei desde 1928.

8 En las “Normas provisionales” a velógrafo (1933) que San Josemaría entregaba a los que se acercaban al apostolado del Opus Dei se nombra, como una “norma del plan de vida espiritual”, la diaria “lectura de un capítulo de los Santos Evangelios y —si pueden— de algún libro espiritual”. En nota a pie de página está escrito: «Conviene que lean con frecuencia los *Consejos* o *Consideraciones espirituales*. Texto mecanografiado en AGP, sec. A, leg. 49, carp. 5, exp. 2.

9 Nota de San Josemaría Escrivá al padre VALENTÍN SÁNCHEZ RUIZ, Madrid XII-1931, escrita sobre el ejemplar autógrafa de *Santo Rosario* que envió a su confesor y éste le devolvió. Se encuentra en AGP, sec. A, leg. 58, carp. 2, exp. 1. La cursiva es del autor.

Estos textos multicopiados eran algo que le permitiría llegar a más gente, es cierto. Pero no era lo cuantitativo sino lo cualitativo lo que movía a San Josemaría Escrivá. Él veía en las cuartillas un instrumento para avanzar y profundizar en la formación de aquellos a los que ya había llegado o estaba llegando: a *nuestros amigos*, como dice familiarmente. En otras palabras, con esta iniciativa lo que deseaba era empujar hacia la plenitud de vida cristiana a los que ya habían tomado contacto con el "proyecto" que les proponía.

Esta finalidad y estos destinatarios se mantienen cuando decide pasar de la multicopista a la imprenta. En *Consideraciones espirituales* y en torno a ellas encontramos declaraciones interesantes del autor sobre nuestro tema. La primera se lee en la «Advertencia preliminar» con la que comienza el libro. Allí concreta quiénes son esos amigos de los que hablaba: son «jóvenes seculares universitarios dirigidos por el autor». El libro se escribe «respondiendo a [sus] necesidades». A continuación, pero ya en el prólogo, dice sencillamente al lector, en prosa poética, que esas páginas son palabras de sacerdote, «confidencia de amigo, de hermano, de padre», para meditarlas en la presencia de Dios, que las escucha. Sigue, pues, San Josemaría «empujando» hacia la vida de oración.

En el prólogo de *Camino* recoge y prolonga lo manifestado en el de *Consideraciones espirituales*. La *intentio* del autor recibe una formulación próxima a la de *Santo Rosario*, pero personalista y especialmente bella. El libro se ha escrito –dice– para que «te metas por caminos de oración y de Amor».

En *Camino*, en contraste con *Consideraciones espirituales*, no habla para nada de los destinatarios. Entiendo que la razón es ésta: lo que nació para el círculo de amigos, para los jóvenes universitarios del entorno de la Academia DYA y la residencia de estudiantes de la calle Ferraz –las incipientes labores apostólicas que entonces tenía el Opus Dei–, ahora, con la edición comercial, lo abre el autor a todo tipo de lectores. Pero el libro –que es literalmente el mismo, pero doblado en el número de consideraciones– no perderá en ningún momento la impronta juvenil de su autor y de sus lectores originarios.

Nuestra investigación sobre la *intentio* o finalidad del libro debe ahora echar mano de un texto –escrito muchos años después– que es la más acabada y madura declaración del Autor de *Camino* acerca del «objetivo» que se propuso al escribirlo. Está hablando Escrivá de cómo cada uno de los fieles del Opus Dei procura buscar la Santidad dentro del estado al que ha sido llamado por Dios. Esto se hace posible –dice– gracias a la «unidad de vida», «en la que se une la contemplación a la acción, y en la que el trabajo Santificado y Santificante es como el quicio sobre el que gira toda nuestra actividad, interna y externa»¹⁰.

Es en este momento cuando viene a nuestro asunto:

Yo escribí una buena parte de *Camino* en los años comprendidos entre 1928 y 1933, y la publiqué en 1934: y, con esa publicación, traté de preparar un plano inclinado muy largo, para que fueran subiendo poco a poco las almas, hasta alcanzar a comprender la llamada divina, llegando a ser almas contemplativas en medio de la calle¹¹.

Encontramos aquí, reunidos y explicados treinta años después, los elementos de la *intentio* del autor que hemos ido encontrando en los documentos contemporáneos al libro –en contemplación, oración, acción, trabajo, vida interior– y que resume en esta nueva fórmula: llegar a ser «almas contemplativas en medio de la calle»¹². Pero fijense que, antes de venir a esto, el Autor nos dice que el final del plano inclinado es, propiamente, «comprender la llamada divina» (a esa Santificación del trabajo, a ese vivir la vida ordinaria en el mundo secular), y de esa vital comprensión surge la oración contemplativa en las diversas encrucijadas de lo cotidiano.

10 Carta 29-XII-1947/14-II-1966, n. 92. Es un documento con dos fechas. Se encuentra en AGP, sec. A, leg. 53, carp. 2, exp. 7.

11 *Ibid.*

12 Como vemos, el autor vuelve a sus palabras de 1931 sobre el fin que se propuso al escribir *Santo Rosario*: «empujar por el camino de la contemplación», subrayando «en medio de la calle», pues en el espíritu de San Josemaría la contemplación o la vida de oración (ser «almas de oración») es –siempre– oración en medio de la calle, en medio del mundo, en medio de la actividad secular, y compenetrada con ella en «unidad de vida». Esto hace que, incluso en fecha posterior al documento que hemos glosado, pueda volver a la sencilla fórmula de 1931. En 1971 le preguntaban: ¿cuál es el principal mensaje de *Camino*? Y respondía de manera nítida: «Llevar a las almas a hacer oración, que es llevarlas a hablar con Dios y a tener vida interior» ("Notas de un coloquio", Roma 8-IV-1971; AGP, sec. A, leg. 51). Y radicalmente es eso, y si el que tome a *Camino* como guía de oración es un laico, la meditación del libro y su enseñanza le empujará desde dentro a la Santificación del trabajo y de la vida secular.

Ya se dan cuenta ustedes de que el Autor, con ocasión de formular la *intentio* de su libro, nos hace una –hasta ahora la única– importante declaración acerca de la «interna» estructura del libro. De ella nos ocupamos a continuación.

III. LA ESTRUCTURA TEOLÓGICA DE *CAMINO*

El significado de la estructura para la comprensión de *Camino*

La estructura –la «orgánica» del libro–, que es tan importante para la comprensión de toda la enjundia de la obra, lo es muy especialmente en ésta. En la ya citada «Advertencia preliminar» de *Consideraciones espirituales*, el autor habla de su preocupación por el tema¹³, insistiendo en la dificultad de la empresa, dificultad que, según sus propias palabras, radica en que muchas –tal vez la mayoría– de las consideraciones podrían ocupar posiciones diversas dentro del libro: en otros capítulos o en distintos lugares dentro del capítulo asignado. La dificultad está, pues, en la ubicación de los textos dentro de un *ordo* o sucesión de partes. Pero del *ordo* elegido, en cuanto tal, el autor no nos da ninguna información. ¿Cómo llegó San Josemaría a establecer esa estructura concreta para el libro? ¿Por qué esa ordenación de los capítulos y no otra? La comprensión teológica de *Camino* va íntimamente unida a la comprensión de la génesis y elaboración por el autor de su *ordo dicendi*, es decir, de la estructura del libro.

El tema es importante, porque la estructura dada a esos contenidos de origen tan peculiar, personal e íntimo, la manera de concatenarlos y comunicarlos al lector, es, precisamente, lo que el Autor ha puesto en el libro *en cuanto libro*. Y, sin embargo,

de esa estructura –insisto– nada nos dice formalmente San Josemaría. He tenido que inducirla del texto y del proceso redaccional. Pero he podido hacerlo guiado por el propio autor, que, al declararnos su *intentio*, nos ha dicho también, como acabamos de ver, que esa estructura es una ascensión por un plano inclinado, que es camino de oración y de amor, hasta llegar a la comprensión de la propia vocación y a la contemplación de Dios en medio del mundo.

El resultado de nuestra investigación sobre el tema es una propuesta de comprensión *interna* de la estructura del libro, de su secuencia teológico-espiritual, de la que después voy a presentar a ustedes las líneas fundamentales. La empresa no ha sido fácil.

Articulación teológico-espiritual de *Camino*

La dificultad de «articular» los 46 capítulos de *Camino*, de «encajarlos» dentro de una sistemática teológica, es patente¹⁴. El plan académico de las materias teológicas y los esquemas de los manuales fracasa a la hora de comprender la secuencia de un libro que, por otra parte, está lleno de intuiciones y sugerencias teológicas. El esquema teológico de comprensión de *Camino* sólo ha podido emerger después de tomar en serio lo que es el libro según su autor. De ahí la importancia que hemos dado en este apartado a la captación de su *intentio*. Mucho hemos hablado ya de ella. No voy a insistir. Esa *intentio* nos hace ver que el *plan* de *Camino* no es «sistemático», sino claramente existencial. Arranca de los dones de Dios y de la experiencia sacerdotal del autor, experiencia de un sacerdote que tiene un profundo conocimiento del sujeto humano ante Dios –y, en concreto, de los jóvenes universitarios, inmediatos configuradores del libro–, de un sacerdote que tiene «algo» de Dios que comunicar a las personas que frecuenta: un mensaje de Santidad en medio del mundo.

El «plano inclinado», que es su *mot d'ordre* en la materia, está dispuesto desde la realidad concreta de

13 Allí se lee: «No es cosa fácil hacer una división de las notas que componen estos apuntes, escritos sin pretensiones literarias ni de publicidad, respondiendo a necesidades de jóvenes seculares universitarios dirigidos por el autor. Sin embargo se ha intentado ordenar aquellas notas –no pretendiendo con ello llenar innegables lagunas y omisiones, ni retocar el estilo familiar y afectivo– para facilitar su lectura provechosa, aunque en general en cada una de las partes, por la índole misma de los puntos que se tocan, se trate de diversas materias».

14 Hice una propuesta teológica sobre *Camino* en «*Camino* y la espiritualidad del Opus Dei», en *Teología Espiritual* 9 (1963) 212-245; puede leerse también en RODRÍGUEZ, PEDRO, *Vocación, trabajo, contemplación*, Pamplona, Eunsa («Colección Teológica», 50), 2ª ed., 1987, pp. 85-123. Allí buscaba una comprensión sistemática del contenido teológico de *Camino*; aquí lo que buscamos es la comprensión teológica de la estructura que el autor da a su libro.

ese destinatario del libro, que es el que domina metodológicamente *Camino* y al que el autor querría llevar –por «caminos de oración y de Amor»–, hasta el descubrimiento pleno de su vocación a la Santidad y al apostolado.

Un ejemplo de lo que digo: la posición, casi inicial en el libro (cap. 2^o), del tema «Dirección». ¿No habría que hablar antes de otras graves realidades de la economía de la gracia: la Fe, la Iglesia, la Vida Sobrenatural, la Santa Misa, la Caridad, la Comunión de los Santos, por nombrar, con sus propios títulos, unos cuántos capítulos de *Camino*? Desde un punto de vista «sistemático» –de sistemática teológica, de exposición «orgánica»– es evidente que sí: la «dirección espiritual» de que habla el autor viene, sistemáticamente, después. Y el autor lo sabe perfectamente. Pero él está «ordenando» el material con arreglo a la *intentio* y al destinatario que tiene en la cabeza y en el corazón, y en la realidad de cada día. Y sabe que, para que esa persona suba por el plano inclinado y recorra el camino, hay que hablarle *cuanto antes* de «dirección espiritual»: de la necesidad de una guía en el camino. Lo mismo podríamos decir del capítulo 4, «Santa pureza»: ¿Por qué no está en la Segunda Parte del libro, junto a las demás virtudes? Allí está su lugar sistemático. Así estaba en el fascículo de 1932. Ha habido una decisión formal, ya en *Consideraciones espirituales*, de colocar el capítulo donde ahora está. Sucede lo mismo que en el caso anterior. El autor sabe que, si se quiere subir hasta la plena unión con Dios, la pureza es, existencialmente, un escalón del primer tramo. Y por este camino, este libro «antisistemático» va tomando una configuración de profundo sentido teológico-antropológico-espiritual.

Es decisivo, para comprender *Camino*, captar el sentido del capítulo primero, que el autor titula «Carácter». Se equivocaría quien viera en este capítulo una especie de «introducción humanista» al cristianismo o a la vida espiritual del cristiano. Tratan muchos de sus aforismos, es cierto, de rasgos capitales de la personalidad humana; pero el autor sitúa el diálogo, desde el primer momento, en el interior de la «economía de la gracia» o, como él dice, de la «economía del espíritu» (punto 234): el punto de partida es la presencia de Cristo en el lector con el que dialoga. San Josemaría Escrivá parte –ya lo hemos dicho–

de que su interlocutor en *Camino* ya tiene una experiencia de la vida sacramental y espiritual. Éste es precisamente el sentido teológico-pastoral de las palabras del prólogo: «No te contaré nada nuevo. Voy a remover en tus recuerdos».

Así se explica que desde el primer punto vaya directamente a las implicaciones existenciales de la condición cristiana:

Que tu vida no sea una vida estéril. –Sé útil.–Deja poso.
–Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor.

Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores impuros del odio. –Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón.

Ese emblemático punto 1 es, en efecto, decisivo para la comprensión del «plano inclinado» de que nos habla el autor: un plano que, metodológicamente, presupone la realidad de la fe y el bautismo y desde ambos se proyecta sobre la vida humana del cristiano, que debe ser reformada radicalmente –a la letra: desde la raíz, desde Cristo– hasta alcanzar las cimas de la Santidad y de la entrega. Si hay algo que da unidad al libro, y ya desde el punto primero, es su «cristocentrismo» total: el plano inclinado hay que subirlo con Cristo, desde Cristo y en seguimiento de Cristo.

Esto, que es temático en el primer capítulo, es en realidad un criterio hermenéutico para la lectura del libro en cualquiera de sus partes, pero de manera especial en esta primera. El autor va dialogando con los lectores –o, mejor, con el lector mediante el «tú» característico de *Camino*– sobre los primeros pasos del seguimiento de Cristo y las coordenadas fundamentales de ese caminar.

El estudio de esa serie continuada de las 46 piezas mayores que componen el libro, hecho buscando su engarce teológico, espiritual y antropológico, me ha llevado a la conclusión de que el libro se articula en tres partes, cada una de las cuales tiene, a su vez, como dos secciones o divisiones internas. El esquema resultante sería el que sigue:

I. Parte Primera (caps. 1-21)

Seguir a Cristo: los comienzos del camino

A) Oración, expiación, examen (caps. 1-10)

B) Vida interior, trabajo, Amor (caps. 11-21)

II. Parte Segunda (caps. 22-35)

Hacia la Santidad: caminar in Ecclesia

A) Iglesia, Eucaristía, Comunión de los Santos (caps. 22-25)

B) Fe, virtudes, lucha interior (caps. 26-35)

III. Tercera Parte (caps. 36-46)

Plenamente en Cristo: llamada y misión

A) Voluntad y Gloria de Dios, infancia espiritual (caps. 36-42)

B) Vocación y misión apostólica (caps. 43-46)

Vamos a considerar en esta perspectiva –de manera sintética, como dije– las tres partes del libro:

a) Primera Parte: «Seguir a Cristo»

En la Primera Parte, que he titulado «Seguir a Cristo: los comienzos del camino», he agrupado, según mi personal apreciación, los primeros veintinueve capítulos del libro.

El autor comienza, en la Sección A, casi sin preámbulos, enfrentando al lector con la necesidad de esa profunda «reforma» de la propia vida –tema de fondo del capítulo 1–, para pasar en seguida a lo que podríamos llamar sus «condiciones de posibilidad»: la dirección espiritual, la vida de oración, la limpieza de corazón, el espíritu de mortificación y de penitencia, el examen personal. Son los temas de los diez capítulos iniciales del libro.

Los otros once constituyen la Sección B. Los capítulos 11-16 plantean cómo trabajar (estudiar) bajo la mirada de Dios o cómo buscar la unión con Dios en el trabajo (estudio), y apuntan de manera directa al seguimiento de Cristo en medio del mundo, en la vida profesional y secular. Los cuatro siguientes (caps. 17-20) calan fuerte en la exigencia de Santidad de ese seguimiento: la Santidad del cristiano se sitúa en un «plano» paradójico (cap. 17) en el que hay que

vivir el Amor a Dios (cap. 18) y a los hermanos (cap. 19), fiándolo todo en la Cruz y el Evangelio (cap. 20). Todo, bajo la mirada maternal de la Virgen María (cap. 21).

Esta que consideramos Primera Parte de *Camino* comprende más de medio libro: 516 puntos. En cierto sentido puede decirse que en ella, de alguna manera, ya está dicho todo. Lo cual confiere a las otras dos partes un significado singular dentro del plano inclinado. Pasamos a considerarlas brevemente.

b) Segunda Parte: «Caminar 'in Ecclesia'»

La Segunda Parte de *Camino* tiene 237 puntos y figura, en el esquema que he propuesto, bajo el título «Hacia la Santidad: caminar in Ecclesia». En esta parte es donde se ofrecen mayores diferencias entre las distintas fases redaccionales del libro. En el primer fascículo está muy débilmente dibujada, aunque sí ubicada. En el libro de Cuenca está ya ordenada una parte significativa de este patrimonio, pero es en Burgos donde se construye con sus rasgos más característicos. Aquí adquiere su verdadero perfil, fruto de la profunda reestructuración que el autor hace del conjunto, obligado en buena parte por la acumulación de nuevo material: casi dos tercios de esta parte han sido escritos en Burgos (sólo 89 puntos proceden del impreso de Cuenca). Esta Segunda Parte de *Camino* contempla y describe, como ya he dicho, el vivir cristiano como un caminar hacia la Santidad en la Iglesia y en su tradición sacramental y espiritual.

La Sección A de esta Segunda Parte es casi enteramente nueva¹⁵. Los tres primeros capítulos –de nueva creación: «La Iglesia», «Santa Misa», «Comunión de los Santos»– enmarcan la eclesialidad de la propuesta espiritual del autor. La secuencia podríamos describirla así en expresión teológica: la Iglesia Madre (cap. 22), Cristo y su Sacrificio viviendo en su Iglesia (cap. 23), la Iglesia comunión y fraternidad (cap. 24), la comunión en la tierra con la Iglesia del Cielo (cap. 25: «Devociones»).

15 Sólo el último capítulo, «Devociones», estaba ya en *Consideraciones espirituales*. De los 58 puntos de esta Sección A sólo trece provienen del libro de Cuenca y, de ellos, nueve están en el capítulo «Devociones».

La Sección B será el despliegue de ese vivir «eucarístico» y eclesial del cristiano¹⁶. El autor se detiene, primero, en las virtudes cristianas, comenzando por la fe y la humildad, las virtudes «fundantes» del seguimiento de Cristo¹⁷. En un segundo momento, contempla el carácter militante y escatológico de la vida *in Ecclesia*, que comporta sufrimiento, lucha, esperanza: son los capítulos «Tribulaciones», «Lucha interior», que describen el «combate» de la práctica de las virtudes, y «Postrimerías», con el que acaba la Segunda Parte.

Una impresión mía querría hacerles notar a ustedes. A mi parecer, esta Segunda Parte no es, propiamente, un seguir avanzando por el plano inclinado, sino una reconsideración, una reafirmación del «camino» recorrido (Primera Parte), pero visto ahora en perspectiva eclesial. Como un subrayar que la vida del cristiano hasta ahora descrita –*vita in Christo*– es inseparablemente vida *in Ecclesia*: vida desde la maternidad de María y de la Iglesia, vida desde la Eucaristía y los sacramentos, vida que es comunión de los Santos –con los otros cristianos aquí en la tierra, con la Iglesia triunfante en el Cielo–, una vida cuyo sentido es escatológico. «Camino –en expresión de J. Morales– piensa el cristianismo como Iglesia»¹⁸.

c) Tercera Parte: «Plenamente en Cristo»

La Tercera Parte tiene una extensión semejante a la segunda: 246 puntos. El autor, ya desde el primer fascículo, había situado en las zonas finales del libro una serie de «consideraciones» que en sus cuadernos de *Apuntes íntimos* contemplaban de manera más directa aspectos de la vida, el fin, el espíritu, el trabajo y el apostolado de los fieles del Opus Dei, entonces incipiente. En consecuencia, en esta parte de *Camino* se dan con más frecuencia esos retoques redaccionales que tienen por objeto que el libro sea para todos los cristianos.

También en esta parte podemos entrever como dos secciones. En la Sección A el autor dibuja, ante el

16 No mucho después, el autor formulará su doctrina espiritual sobre la Eucaristía por medio de la expresión «la Santa Misa, centro y raíz de la vida cristiana».

17 TOMÁS DE AQUINO las calificaba de «fundamentales» en el sentido de «fundamento del edificio espiritual»: ante todo, la Fe, que lo es de la manera más estricta y positiva (cfr. *Summa Theologiae*, II-IIae q. 4 a. 1).

18 MORALES, JOSÉ, «Introducción» a *Estudios sobre "Camino"*, cit. en nota 1, p. 36.

cristiano que ha llegado ahí, un «perfil» profundizado de la entrega a Dios. Escrivá ve al lector como un hombre, o una mujer, radicalmente comprometido con la Voluntad y la Gloria de Dios (caps. 36 y 37), buscador de compañeros y amigos que compartan este ideal (cap. 38), que Santifique su trabajo cuidando las «cosas pequeñas» (cap. 39) –cada uno en su sitio, sin alardes (cap. 40)–, que se sienta «niño» –hijo– delante de Dios y confíe en Él por completo (caps. 41-42). El autor invita al lector a adentrarse del todo en ese camino, a perderse en el Amor de Dios hasta ser un «contemplativo en medio de la calle», como dice en el texto-guía de nuestro discurso.

Pero esa contemplación, para el autor de *Camino*, es por completo inseparable del compromiso apostólico, de la misión. La Sección B, en efecto, con la que acaba el libro, está dedicada a reforzar la universal llamada personal a la Santidad bajo el aspecto, inseparable, de la llamada universal –¡personal!– al apostolado. La vocación cristiana, la Santidad, se entiende en *Camino* en clave de misión, de acción apostólica: es la misión –llevar el mundo a Dios– la que «tira» del cristiano hacia la Santidad. En *Consideraciones espirituales*, la sección constituía un único capítulo, «El apostolado», que el autor reestructuró, a partir de los materiales de Burgos, en los actuales caps. 43-45: «Llamamiento», «El apóstol», «El apostolado». El libro termina hablando de la perseverancia en el camino (cap. 46) hasta llegar a la cumbre definitiva del plano inclinado: el Cielo.

Dos subrayados quiero hacer respecto a esta Tercera Parte. Es el primero el relieve que adquieren determinadas dimensiones de la vida cristiana, que estaban ya diseminadas y operantes en los capítulos precedentes, pero que ahora se hacen sumamente explícitas. El caso más claro es, en la Sección A, el de los dos capítulos sobre «infancia espiritual», un tema que configura a *Camino* desde el punto primero¹⁹, pero que aquí se da con un llamativo desarrollo. Lo mismo puede decirse –incluso con más motivo– a propósito de Voluntad de Dios, Gloria de Dios, etc. Esto hace ver que, para el autor, estas realidades guardan directa e inmediata relación con la meta del camino, que es, como bien sabemos, «comprender» la propia vocación y ser «alma contemplativa en me-

19 El punto 1, en la redacción originaria de *Apuntes íntimos*, n° 586, redactado el 26-I-1932, comenzaba así: «Niño: que tu vida no sea...».

dio de la calle». En la Sección B de esta Tercera Parte, con la que se cierra el libro, debemos decir algo semejante en lo relativo a los capítulos sobre «apostolado».

Pero, sobre todo, lo que decimos debe aplicarse a «Cosas pequeñas», que, en cuanto capítulo, es de nueva creación en Burgos. El autor lo articula comenzando con dos puntos (813 y 814) que toma del capítulo «Caridad» de *Consideraciones espirituales*; luego introduce otros cinco puntos (los actuales 815-819), que saca de «Infancia espiritual» (donde ya estaban formando una secuencia), y a estos siete puntos de Cuenca agrega once más redactados en Burgos. El cuidado, la atención a las «cosas pequeñas» en el nuevo capítulo no va, pues, a aparecer ya como directa expresión del camino de infancia espiritual (así en el impreso de Cuenca), sino que va a significar el amor a Dios y al prójimo en la Santificación de la actividad ordinaria del cristiano²⁰. Esto es lo que me parece importante en la «autonomía» que el tema adquiere en la redacción de Burgos. El autor, que seguía un verdadero «camino de infancia» en su relación con Dios, sintiéndose «niño» ante el Señor, siempre vio con toda claridad que no todos tenían por qué hacer suyo ese camino. La «vida de infancia espiritual» se puede mostrar, pero no se puede exigir: es puro don del Espíritu Santo²¹. Y, a la vez, con la misma claridad veía que el «cuidado de las cosas pequeñas» no es algo «optativo» sino una dimensión fundamental, constitutiva, de la Santificación del trabajo profesional y de la vida ordinaria, que él enseñaba a los fieles del Opus Dei y a todo el que quisiera escucharle²².

Por otra parte, pienso que el autor, al incluir este capítulo en esta Tercera Parte, dedicada a llamamiento y apostolado, quiere poner de manifiesto que

«cuidar las cosas pequeñas» en el trabajo y en la vida espiritual es presupuesto de toda acción apostólica. Por lo demás, «Cosas pequeñas» no sólo quiere excluir la tentación de pensar que la Santidad se forja sólo en las «grandes» ocasiones, en situaciones extraordinarias, sino que quiere subrayar que la relación personal del cristiano con Dios ha de ser un flujo incesante, como las pequeñas realidades de cada día: un flujo de amor y de oración²³.

He aquí mi segunda consideración: lo nuevo de esta Tercera Parte está en la fuerza de los subrayados valorativos y en la radicalidad de las propuestas. El llamamiento que al entrar en la Iglesia «te» hizo Dios, ese mismo Dios quiere que «ahora» tome formas concretas en la historia personal que «tú» estás viviendo, y que adquiera contenidos determinados a los que Dios «te» llama: eso es Voluntad de Dios para la Gloria de Dios. Ahí, en la llamada de Dios, se funden Santidad y apostolado. Éste es el «clima» de estas últimas etapas del plano inclinado. Se ve ya la meta. Sólo en la fidelidad a la misión apostólica se da, según *Camino*, la vida contemplativa en medio del mundo.

Camino nos presenta así, habiendo brotado sus textos a lo largo de los diez primeros años del Opus Dei (1928-1938), un testimonio teológico-espiritual de su mensaje y de su vida; un testimonio de gran valor para comprender la aventura que vivió –y en la que nos envolvió a tantos– el fundador del Opus Dei.

* * *

Termino ya. Agradezco a ustedes su paciencia y la oportunidad que me han brindado de poder darles noticia, en este centenario de San Josemaría Escrivá, de mis estudios sobre su libro más emblemático. ■

20 Mientras preparaba *Camino* iba reuniendo fichas que guardaba en un sobre que titulé «Cosas pequeñas» y se conserva (AGP, sec. A, leg. 50-4, carp. 1, exp. 19). Quizá algunas de ellas salieron de allí y pasaron al capítulo de *Camino* de este mismo nombre.

21 Así lo que explica en el punto 852.

22 En una meditación que predicó durante un retiro espiritual en Madrid en 1945 (no se ha podido establecer la fecha exacta) sobre «El valor de las cosas pequeñas» dijo al comenzar, según las notas que se tomaron: «Nosotros –tú y yo– no podemos descuidar las cosas pequeñas, que constituyen el entramado de nuestra vida. Si nos empeñamos de verdad en el seguimiento de Cristo, si buscamos sinceramente la Santidad mediante la Santificación del trabajo ordinario, no tenemos más remedio que ser fieles en lo pequeño» (AGP, sec. P, leg. 18, p. 22).

23 Sobre el tema, ver LUIS ILLANES, JOSÉ, *La Santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, ver Madrid, Palabra («Biblioteca Palabra», 30), 10ª ed., 2001, pp. 140-145.